

lli, se servían para tejidos equivalentes al lino, preparando estas materias como los europeos hacen con aquel textil; y con el junco, con la palma del monte y con el *itzhuatl*, hacían esteras de varios colores.

Curtían las pieles de los pájaros y de los cuadrúpedos, y según el uso que de ellas querían hacer, les quitaban ó no, el pelo y las plumas.

La medicina y la cirugía eran ejercidas entre los mexica, por hombres que desde muy niños se dedicaban al estudio de las cualidades medicinales de las plantas, y de las dolencias humanas; y la ciencia y la humanidad deben algo á los médicos tenochca.

Cuanto llevamos dicho con la brevedad que exige un artículo de la naturaleza del que escribimos, manifiesta la altura á que al fin del reinado de Ahuitzotl, había llegado la señora del Nuevo-Mundo.

Vamos á asistir á su caída.

## I.

Magníficas exequias hizo el pueblo de Tenochtitlan al guerrero Ahuitzotl.

El que llevó las armas de la patria tan lejos y con tanto brillo, recibió á su muerte el homenaje de admiración de sus vasallos.

El pueblo, los soldados, los nobles, los sacerdotes, todos contribuyeron á la grandeza de la postrera muestra de cariño que pagaban á su soberano.

Cumplido ese deber, los electores se reunieron para nombrar al nuevo emperador.

Ningun hermano de los últimos tecuhtlis existía: los electores tenían, por lo mismo, que escoger al sucesor entre los sobrinos del difunto.

Y vivían en aquella época, Motecuhzoma Xocoyotzin, Cuiclahuac, Matlaltzincatl, Pinahuitzin y Cuetpacticatzin, hijos de Axayacatl, é Imatlamixatzin, Tepehuatzin y otros, hijos de Tizoc.

Los electores prefirieron á Motecuhzoma; y para distinguirlo del anterior, á quien llamaron *Huehuc* (viejo), apellidaron á aquel *Xocoyotzin*, que en rigor significa joven.



## II.

Moteczuhzoma II era muy querido de su pueblo, desde antes de subir al trono.

Admirábase en él, el valor militar, probado en las guerras del anterior reinado, en las que fué el primer jefe de los ejércitos; y respetábase en él el carácter sacerdotal de que estaba revestido al tiempo de la eleccion.

Grave, medido en sus acciones y palabras, circunspecto y religioso, teníaese en muy alto concepto en los consejos del imperio, y escuchábase su opinion con verdadero respeto.

Si jamas hombre alguno subió al poder precedido de un prestigio que le permitiera engrandecer á un pueblo, sin duda que el II Moteczuhzoma fué ese hombre.

Alzábase al sólio, no solo por la influencia de sus hazañas, sino por la de ser intérprete de los dioses. Personificaba la alianza entre la espada y el sacerdocio, dos potencias que todavia en nuestros dias han pesado con mucho en el destino de las naciones; potencias que han explotado las debilidades, las preocupaciones, la ignorancia de los pueblos; y que ligadas por su propio interes, se han sobrepuesto por muchos

siglos al verdadero progreso y á la verdadera libertad de los hombres.

Rey y sacerdote, Moteczuhzoma recibia en herencia del muerto emperador, una nacion poderosa, guerrera, rica, dominadora para los demas pueblos, sumisa para sus soberanos, llena de espíritu de obediencia á la régia voluntad; y rey y sacerdote, con su doble prestigio, con su doble influencia, podia, á quererlo, acabar de absorberse á los reinos que aun limitaban el suyo, y enseñorearse de ellos, quedándose el solo monarca de aquellas tierras.

La historia nos dirá si supo comprender su situacion.



## III.

Los reyes aliados confirmaron la eleccion de Motecuhzoma, y fueron á la corte á presentarle sus felicitaciones.

Motecuhzoma, al saber la eleccion, comprendiendo que debia conservar ante su pueblo, ante sus aliados y ante sus enemigos, la alta reputacion que habia sabido formarse, se retiró al templo, haciendo creer que se juzgaba indigno de tanta honra.

Y al templo fué la nobleza á participarle su eleccion; y en medio de un acompañamiento tan numeroso como entusiasta, le llevó al palacio.

Allí los electores le notificaron con toda solemnidad el nombramiento; despues, le condujeron al templo para hacer las ceremonias acostumbradas; y en seguida, sentado en el sòlio, recibió los homenajes y escuchó los discursos en que le daban la enhorabuena.

Netzahualpilli, rey de Acolhuacan, hijo y sucesor de Netzahualcoyotl, fué quien primero le dirigió la palabra.

He aquí su arenga, tal y como la ha conservado la tradicion:

—La gran ventura de la monarquía mexicana, se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta eleccion, y en los

grandes aplausos con que de todos ha sido celebrada. Justa es en verdad esta alegría; porque el reino de México ha llegado á tal engrandecimiento, que no bastaria á sustentar tan grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazon, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos. Claramente veo cuán grande es el amor con que favorece á esta nacion el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado para escoger lo que mas puede convenirle. ¿Quién pondrá en duda que, el que siendo particular supo penetrar los secretos del cielo, conocerá, siendo monarca, las cosas de la tierra, para emplearlas en bien de sus súbditos? (1) Quien tantas veces ha ostentado la grandeza de su ánimo, ¿qué no hará ahora, cuando tanto necesita aquella eminente cualidad? ¿Quién puede creer que donde hay tanto valor y sabiduría no se halle tambien el socorro de la viuda y del huérfano? El imperio mexicano ha llegado, sin duda, á la cúspide del poder, pues tanto os ha dado el Criador del cielo, (2) que inspirais respeto á cuantos os miran. Alégrate, pues, nacion venturosa, por haberte tocado en suerte un príncipe que será el apoyo de tu felicidad, y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes, en efecto, un soberano, que no se aprovechará de su autoridad para darse á la molicie y estar-se en el lecho, abandonado á los pasatiempos y los deleites: antes bien, en medio de su reposo le inquietará el corazon, y le despertará el cuidado que tendrá de tí; ni hallará sabor en el manjar mas delicado, por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo y confiad en que el Criador del cielo, que os ha exaltado á tan eminente dignidad, os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas á ella. Quien ha sido hasta ahora tan liberal con vos, no os negará sus preciosos

(1) Esta frase indica que Motecuhzoma era astrónomo.

(2) No es de extrañarse que Netzahualpilli hable de *Dios*. Era hijo de Netzahualcoyotl, y éste, demasiado se sabe que creía en un solo Dios, al que llamaba: "el Dios no conocido."



dones, habiendoo al mismo tiempo subido á esa altura, en que os anuncio muchos y muy felices años.

Moteczuhzoma II, dicen los historiadores, no pudo responder á ese discurso, porque la ternura, la satisfaccion, le arrancaron lágrimas que le cortaron la palabra. Al fin dijo algunas frases, en que se confesó indigno del honor que se le hacia, y dando gracias á Netzahualpilli por los elogios que le tributaba.

Concluidos todos los discursos, permaneció en el templo durante los cuatro dias de ayuno que acostumbraban hacer los reyes elegidos; y despues, con asombrosa pompa, fué conducido al palacio.

## IV.

Ya emperador, ya dueño de aquel pueblo, Moteczuhzoma, emprendió la guerra tradicional para tener víctimas que murieran sacrificadas el dia de la coronacion.

Los hijos de Atlixco acababan de rebelarse contra el imperio, y ellos fueron los escogidos para dar aquel contingente de sangre que la barbarie exigia.

Marchó Moteczuhzoma con sus tropas: la campaña fué breve: los mexica perdieron algunos bravos caudillos; pero los de Atlixco fueron sojuzgados, y Moteczuhzoma regresó victorioso, conduciendo á los pobres prisioneros que debian ser inmolados.

Celebróse la coronacion con grandes fiestas: recibió el soberano una excesiva abundancia de tributos; y la magnificencia de la corte en esos dias fué tan grande, que aun gentes de pueblos enemigos de los mexica, como tlaxcaltecas y michuacanos, acudieron á presenciarla, disfrazándose para no ser conocidos.

Con todo, el emperador los descubrió, y los hizo alojar y regalar, ordenando ademas que les alzaran unos tablados, desde donde pudiesen ver sin molestia las ceremonias.



mas bien que ser justo con aquel general, obligarlo por medio del agradecimiento á serle fiel, á sostenerle en el s6lio. Porque no fu6 con los demas dignatarios ni empleados del imperio, justo y equitativo como lo fu6 con Tlilxochitl.

Los antecesores del II Motecuhzoma acostumbraron conferir los empleos á los hombres de m6rito, fueran pobres 6 ricos, nobles 6 plebeyos; y aunque con esa conducta violaban el pacto que en tiempo de Itzcoatl se concluy6 entre los nobles y el pueblo, la verdad es, que el pa6s ganaba con esa violacion, puesto que estaba administrado por hombres escogidos entre los mas aptos y los mas ameritados.

Y sucedia otra cosa: que, con todo y que la forma de gobierno era monárquica, la costumbre de buscar á los hombres 6tiles para darles los empleos p6blicos, quitaba á la monarquía uno de los rasgos que la distinguen: el favoritismo; y esto, hasta cierto l6mite, popularizaba aquella misma forma de

## V.

Motecuhzoma II, general de los ej6rcitos, fu6 valiente: Motecuhzoma II, sacerdote, fu6 religioso: Motecuhzoma II, consejero, fu6 prudente: abajo del trono, á los pi6s del monarca, fu6 grande: en el trono, monarca 6l mismo, fu6 peque6o.

Contradiccion extra6a, pero no rara, de la naturaleza humana.

Motecuhzoma II, una vez seguro en el trono, una vez due6o del cetro, tuvo pocos actos de grandeza.

Recompens6, dando el se6orío de Tlachauheo al general Tlilxochitl, los eminentes servicios que 6ste habia prestado al imperio.

Pero la consumacion de ese acto tuvo todos los caracteres de la hipocresía: fu6 como la careta con que en los primeros dias de su reinado quiso ocultar la vanidad y el orgullo de que se hallaba poseido, y que tan bien supo disimular durante su vida anterior á su exaltacion.

Luego, los hechos que se siguieron, vienen á descubrir el m6vil de aquel premio. Tlilxochitl era valiente, querido del pueblo, adorado del ej6rcito; y Motecuhzoma, que ya habia decaido, 6 que al verse en el poder perdi6 su antiguo valor,

quiso, mas bien que ser justo con aquel general, obligarlo por medio del agradecimiento á serle fiel, á sostenerle en el s6lio.

Porque no fu6 con los demas dignatarios ni empleados del imperio, justo y equitativo como lo fu6 con Tlilxochitl.

Los antecesores del II Motecuhzoma acostumbraron conferir los empleos á los hombres de m6rito, fueran pobres 6 ricos, nobles 6 plebeyos; y aunque con esa conducta violaban el pacto que en tiempo de Itzcoatl se concluy6 entre los nobles y el pueblo, la verdad es, que el pa6s ganaba con esa violacion, puesto que estaba administrado por hombres escogidos entre los mas aptos y los mas ameritados.

Y sucedia otra cosa: que, con todo y que la forma de gobierno era monárquica, la costumbre de buscar á los hombres 6tiles para darles los empleos p6blicos, quitaba á la monarquía uno de los rasgos que la distinguen: el favoritismo; y esto, hasta cierto l6mite, popularizaba aquella misma forma de ser pol6tico.

Motecuhzoma II no continu6 la obra de sus antepasados: infatuado con su origen, crey6 que el plebeyo, con serlo, estaba destituido de capacidad y de buenos sentimientos; y que el noble, con serlo, tenia en s6 las dotes que se necesitan para hacer bien todo en este mundo; y tan obstinado como impol6tico, despoj6 á los plebeyos para engrandecer á los nobles; cre6 el favoritismo, es decir, el gobierno personal.

Primer rasgo de decadencia.



## VI.

Pero si los nobles salieron aprovechados y preferidos con la caída de los plebeyos, tambien quedaron humillados, cayeron mas bajo que aquellos; pues su señor no los engrandeció sobre el pueblo, sino á condicion de que le sirviesen de lacayos.

El soberbio monarca desplegó en derredor de su persona una exhuberancia de lujo, cuya descripcion admira á las almas pequeñas, y causa repugnancia á los corazones que comprenden lo que es y lo que vale la dignidad humana.

Los nobles que obtenian los empleos, los señoríos, los feudos; esos aristócratas que miraban con desden al pueblo, esos eran los que formaban la servidumbre, la corte del emperador, los que le presentaban la comida, los que comian de lo que aquel no gustaba, los que recibian como un gran donativo los utensilios de que el sibarita rey se servia una sola vez para comer.

Habitaban en el palacio, afectas á la servidumbre, gran número de personas de la primera nobleza; y todas las mañanas se presentaban en aquellos salones, mas de doscientos feudatarios y altos empleados y nobles para hacer la corte

al tecuhtli. Hablando en voz baja y esperando las órdenes del emperador, aquellos cortesanos pasaban todo el dia en las antecámaras, servidos por tal número de criados, que llenaban los patios de palacio, y aun muchos tenian que permanecer en las afueras.

Moteczuzoma II, como todo déspota, era receloso; y para tranquilizar un poco sus temores, ordenó que los feudatarios de la corona residiesen en la corte algunos meses del año, se presentasen en palacio todos los dias de su permanencia en la capital, y al regresar á sus Estados dejasen en ella á sus hijos ó hermanos en prenda de fidelidad.

Ardiente apasionado del bello sexo, tenia en su serrallo muchas mujeres, señoras ó esclavas, vigiladas por un gran número de matronas, que se cuidaban de no dar pábulo á los celos del monarca; y hay historiador que asegura, que Moteczuzoma II llegó á tener á un mismo tiempo hasta ciento cincuenta mujeres embarazadas.

Y todos ellos, cortesanos, concubinas, esclavos y criados, todos ellos, decimos, comian en aquel palacio: los nobles, de lo que el emperador no queria comer: los plebeyos . . . no lo dice la historia; pero es de suponerse que el magnífico tirano ordenaria que se les sustentase.



## VII.

Ciego por la alta idea que tenía de su origen, de su posición y de su destino; creyendo que cuanto respeto y veneración se le tributaban eran pocos, Motecuhzoma II mandó observar en su corte, un ceremonial que sus antecesores no habían ni siquiera imaginado.

Los que entraban en palacio para hablarle ó para servirle, debían descalzarse en la puerta; y nadie, sino las personas de su familia, podían presentársele ricamente vestidas, pues creía que hacerlo así era faltarle al respeto. De ahí es que los magnates mas distinguidos, para entrar á servirle ó á hablarle, se despojaban de sus galas, ó se las cubrían con un traje humilde en señal de reverencia.

Y antes de hablar al emperador, antes de acercársele tanto cuanto la etiqueta lo permitía, hacían tres inclinaciones pronunciando en la primera esta palabra: *Tlatoani*, señor; en la segunda, *Notlatocacvin*, señor mio; y en la tercera, *Hueitlatoani*, gran señor. Y ya á cierta distancia, con la cabeza inclinada hablaban en voz baja; y con respeto y humildad, recibían la respuesta que el monarca les daba por medio de un secretario.

El ceremonial que impuso para la hora de comer, era digna continuación del de las horas de audiencia.

Un almohadon era su mesa, y un banco bajo su silla.

Los manteles eran de una exquisita tela de algodón, y su vajilla de finísimo barro de Cholollan, exceptuando las copas en que tomaba el chocolate, que eran de oro ó de conchas hermosas del mar; y para cuando comía en el templo, y en ciertas solemnidades, usaba de platos de oro.

Cuatro de las mas hermosas mujeres del serrallo le servían agua para que se lavara las manos antes de sentarse á comer.

Una vez el emperador en la mesa, las cuatro mujeres, los principales ministros y el mayordomo del palacio, permanecían de pié mientras duraba la comida.

El mayordomo cerraba la puerta de la sala, para que ninguno de los nobles que se hallaban en las antesalas viese comer al soberano: los ministros se mantenían á respetuosa distancia, y no hablaban sino para responder á lo que aquel les preguntaba.

Dos bellas mujeres servían el pan al rey-amo; las cuatro que le habían dado el agua para las manos y el mayordomo, le servían los manjares.

El pan era de maíz amasado con huevos; los manjares innumerables, compuestos de toda especie de volatería, de peces, de frutas y de legumbres.

Trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles llevaban los platillos, debajo de cada cual había un brasero para conservar en calor lo que contenía.

Retirados los jóvenes, el rey se ponía á la mesa, señalaba con una varilla los manjares que quería comer; y los que no, se distribuían á los nobles que en aquel día le hacían la corte desde las antecámaras.

Durante la comida, ó se la amenizaban con música, ó se divertía con la charla de sus contrahechos bufones, entre cuyas burlas, decía que solían darle avisos importantes.

Después de comer, dormía un poco; en seguida daba audiencia á sus súbditos, y después hacía que le cantaran las ac-



ciones ilustres de sus antepasados: costumbre que, atendido su carácter, no creemos que fuera por querer imitarlas, sino por la vanidad que tenia en descender de aquellos hombres que tanto engrandecieron el imperio.

Pero, si todo cuanto llevamos dicho manifiesta la pobreza de ánimo, el vano orgullo y la torpe soberbia del segundo de los Motecuhzoma, y la decadencia á que habia llegado ya el reino de los tenochca, las ceremonias que introdujo para presentarse en público, ponen en relieve el estado de degradacion de alma de aquel monarca, y de la abyeccion en que habia sumido al pueblo á quien gobernaba.

En una rica litera abierta y bajo un espléndido dosel, se colocaba el soberano; y rodeado de un séquito incontable de cortesanos, magníficamente vestidos, salia del palacio cuando le placia.

Y era un precepto que, los que se encontraran al paso del emperador, se detuviesen y cerrasen los ojos, como de miedo de que les deslumbrara el brillo del semidios; y era tambien un precepto que se tendieran alfombras, para que sus pies no tocasen la tierra, en el sitio en que se bajara á pasear.

Y así, de lujo en lujo, de ceremonia en ceremonia, de homenaje en homenaje, cayó en la molicie; y cuando los conquistadores se presentaron á las puertas de la monarquía, no encontraron en ella al general de Ahuitzotl, sino al rey pusilánime, que habia de perder el imperio, y la corona y la vida á manos de su pueblo.

## VIII.

El lujo de sus habitaciones correspondia al pomposo aparato de que rodeaba su persona.

Hé aquí cómo describe Clavijero sus casas reales:

“... El palacio de su ordinaria residencia era un vasto edificio de piedra y cal, con veinte puertas que daban á la plaza y á las calles, tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente, muchas salas, y mas de cien piezas pequeñas. Algunas de las cámaras tenian los muros cubiertos de mármol, ó de otra hermosa piedra. Los techos eran de cedro, de cipres, ó de otra excelente madera, bien trabajada y adornada. Entre las salas habia una tan grande, que segun un testigo de vista, cabian en ella tres mil hombres. (1) Además de aquel palacio, tenia otros dentro y fuera de la ciudad. En México, además del serrallo para sus mujeres, tenia habitaciones para sus consejeros y ministros, y para todos los empleados de su servidumbre, y aun para alojar á los extranjeros ilustres, y especialmente á los dos reyes aliados.

(1) El conquistador anónimo en su apreciable relacion; y añade que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él hasta cansarse, no pudo verlo todo.—(Nota de Clavijero.)